Fernando, by Sylvianne

Olaya Hernandez-Franco

Capítulo 1

Fernando, by Sylvie

Mérida es un ciudad situada en el pie de monte de los Andes venezolanos. Es la sede de una de las Universidades más prestigiosas de América, la Ilustre Universidad de Los Andes, con más de 230 años de fundada. El ambiente de Mérida es más que todo estudiantil, por lo que en época de vacaciones se van los estudiantes y se llena de turistas nacionales y extranjeros, atraídos por su clima, sus bellezas naturales y el trato tan gentil de su gente.

Cuando mis ocupaciones me dieron un respiro, y necesitando con urgencia desestresarme, preparé pasar unos días en esta agradable ciudad, sobre todo atraída por la posibilidad de descansar sin interrupciones laborales. Haciendo mi maleta, recordé a mis amistades allí, por lo que decidí buscar en mi libretita azul de teléfonos privados, y contactar las amigas a las que podría visitar y pasar una agradable velada. Fue cuando me encontré su nombre: Fernando. Sonreí para mis adentros al recordar la última vez que nos vimos, doblé la hoja correspondiente y seguí con mi maleta.

Un par de días más tarde, ya instalada en la linda posada que me recomendaron, después de una rica y tibia ducha y recostada desnuda en la fresca cama, recordé la libreta. Tomé mi celular, y marqué un número... ocupado... dejo saludo a mi amiga y marco otro... ocupado, directo al buzón. Otro saludo, otro mensaje. “Vaya, pensé, falta que no tenga comunicación...” Fernando. Marco el número. Respuesta al segundo ring. Saludos efusivos, palabras cariñosas, y la noticia que estoy en su ciudad, en esta agradable posada. “¿Me acompañas a cenar por ahí? Ya sabes, nada formal, comida del pueblo...” “Tengo el sitio perfecto, en media hora te busco”.

Lo vi apenas entró al lobby. La misma presencia tan familiar, la luminosa sonrisa, el cosquilleo en las manos, su mirada de travieso. Me entregó un girasol hermoso, un abrazo muy fuerte y un beso en la mejilla mientras me tenía en sus brazos. Nos mirábamos y hablábamos emocionados al mismo tiempo, era tan rico verlo de nuevo; salimos de la mano y caminamos así unas cuatro cuadras. Paseando en ese clima tan delicioso y con tan grata compañía, entramos a un pequeño bistró, bastante bonito sin ser ostentoso, y las mesas dispuestas de manera que era suficientemente privado mantener una conversación en ellas, sin llegar a estar cerrado del todo.

Pedimos la cena y una botella de nuestro vino favorito; sin soltarnos las manos nos actualizamos acerca de nuestras vidas cotidianas. Brindamos

por el feliz encuentro, chocamos las copas y espontáneamente nos dimos un bonito beso. Hablamos relajadamente, riendo y tocándonos ya las manos, ya los rostros, con caricias que denotaban la alegría que compartíamos. La cena deliciosa, el vino muy rico y la compañía perfecta. Se acercó el mesonero, ofreciéndonos postres de la casa. Nos miramos. No, ya sabíamos qué queríamos de postre. Salimos y una levísima lluvia golpeó mi rostro: "son nubes".

Salimos de la mano y enrumbamos a la posada, con las respectivas paradas para besarnos dulce y borrascosamente mientras caminábamos. Por fin llegamos a mi hospedaje, un poco húmedos por la llovizna y muy mojados por los besos. Subimos rápidamente, porque la ropa estaba ya calada de agua y con el clima frío del exterior era bastante malo. Excusas. Nos desnudamos y nos metimos a bañar con agua tibia, para evitar el enfriamiento... Más excusas.

Fernando abrió y graduó las llaves de agua hasta una temperatura agradable, y nos metimos bajo la ducha. Sus manos rodearon mi cintura y mis brazos subieron a sus hombros, como antes, como siempre. El calor de su cuerpo, el aroma de su piel y el roce de su incipiente barba en mi cuello derribaron cualquier mínimo atisbo de cordura.

Su boca me besó lenta y profundamente, a lo que respondí en seguida, acariciando su lengua con la mía mientras mis manos volaban sobre todo su cuerpo. Sus manos subían y bajaban por mi espalda hasta mis nalgas, las que apretaba y separaba alternativamente. Sentí su dureza contra mí, creciendo y levantándose apretadamente. Sin dejar de besar, la tomé con mi mano y comencé a acariciarla muy lento adelante y atrás por un minuto. Fernando me compensó tocándome dulcemente, suave, lenta y profundamente, a lo que lo ayudé levantando mi pierna y apoyándola en su cadera, mientras el agua corría tibia sobre nuestros cuerpos.

En un momento de resplandor nos miramos. Deseo, lujuria, ardor en sus ojos. Éxtasis, gozo y placer en los míos. Me apoyó a la pared, y sosteniéndome por las nalgas me levantó lo suficiente para que yo subiera mis piernas y rodeara su cadera, momento en que entró firme y directamente a mi cuerpo para clavarme al suyo. Un pequeño gemido se escapó de mis labios, mezcla de suspiro y sorpresa al sentir su cuerpo como lo recordaba: firme, grueso, caliente y hábil para complacer mis mayores exigencias. Me perdí en su boca, mis manos se hundían en su cabello mojado con desesperación, bajaban a sus hombros, a su espalda, acariciaban sus brazos mientras su vaivén me elevaba más y más rápidamente hasta el momento donde todo explota adentro y afuera, y se muere en vida por exceso de placer.-